

LOS SUEÑOS DE JÚPITER



LOS SUEÑOS DE JÚPITER

En la carretera de nuevo 30 años después

Ted Simon

INTERfolio





A MODO DE PRÓLOGO

En marzo de 1973 decidí hacer un viaje alrededor del mundo en una motocicleta.

La idea vino, podría decirse, como un resplandor en mi mente, aunque aquí, en la costa sur de Inglaterra, más que resplandeciente, deberíamos decir gris, pues era un día gris. Elegí la moto por dos importantes razones. Primera, me parecía el vehículo más versátil y económico para mis propósitos. Segunda, no creía que nadie hubiera dado la vuelta al mundo en moto anteriormente. Y, siendo esta la primera vez, quizá pudiera conseguir material para un buen libro.

Yo soy un escritor, no un motero. Aunque en honor a la verdad he de decir que, desde pequeño, admiraba las motos. No sabía nada acerca de ellas, pero eso no importaba mucho. Millones de personas la usan ¿por qué no debería hacerlo yo?

Tenía cuarenta y dos años. Había gente que me decía. «Eres demasiado viejo para esas cosas». Pero eso tampoco me importó; de hecho resultó que fue una edad magnífica.

El viaje duró cuatro años. Fue muy duro, muy estimulante, y fruto de él nació *Los Viajes de Júpiter*, un libro leído por cerca de un millón de personas. Si hubiera dicho que iba a volver a hacer de nuevo el mismo viaje a la edad de setenta años, habría quedado en ridículo. Setenta años ya son demasiados años para repetir cosas como esta.

Sin embargo, veinticuatro años después, a la edad de sesenta y nueve, pensé, ¿por qué no? Todavía puedo conducir una moto. ¿No sería fascinante descubrir qué ha ocurrido a lo largo de aquel camino de ciento veinticinco mil kilómetros que recorrí en solitario en los años setenta y ver si puedo reencontrarme, de alguna forma, con la persona que yo era entonces, con el hombre que adquirió durante un tiempo el ilustre sobrenombre de *Júpiter*, y por el que llegó a ser casi una figura mítica?

Sé que hay miles de personas que sueñan con hacer lo mismo que hizo aquel tipo loco en *Los Viajes de Júpiter*. ¿Por qué no debería soñarlo yo también?

NOTA DEL AUTOR

Siento un gran placer al ver este libro en español, por fin.

Aunque *Los Viajes de Júpiter* es mi libro más popular, por algunas buenas razones, el texto que tienes en tus manos es igual de importante, pero de manera diferente.

Desde que era muy joven, al final de la Segunda Guerra Mundial, siempre he estado fascinado por las posibilidades que el simple transcurso de la vida ofrece para generar cambios. Por eso, fue un gran privilegio tener la ocasión de volver a visitar todos aquellos lugares del mundo donde me descubrí a mí mismo en los años setenta y ver cuánto habían cambiado las cosas desde entonces. El ritmo cada vez es más endiablado. Al Qaeda, las guerras en Irak y Afganistán, la emergente influencia de los países de Suramérica, la crisis financiera en el mundo, los terribles desastres naturales; y

ahora, todo el norte de África y Oriente Medio intentando quitarse de encima a los dictadores.

Por supuesto, leemos en los periódicos sobre ello, lo vemos en la televisión, nos llega por Internet, pero esta no es la mejor forma de enterarse de la auténtica verdad sobre lo que está sucediendo. Para saber lo que significa todo esto tienes que estar allí y compartir la vida con las personas; y esto es algo que sólo un viajero puede hacer. Creo firmemente que esas experiencias personales son mucho más valiosas que cualquier informe periodístico. Y yo hago todo lo que puedo para convencer a la gente de que salga al mundo, de que se vuelva vulnerable y saboree la vida. Espero que tu seas una de esas personas. Y una buena forma de hacerlo es en moto.

¡Buena suerte!

Ted Simon
Covelo, California 2012

El futuro no es lo que era

Paul Valéry

ÉL APARECE EN MI MEMORIA tentándome como un fantasma, como una figura sin rostro. Si por un instante intento enfocar su presencia, se desvanece, y si consigo apartarlo de mi pensamiento, reaparece de inmediato. En el momento en el que nos encontrábamos, hace treinta años, no fue para mí más que una simple curiosidad sin demasiada importancia. Pero ahora, el fantasma se desliza por alguna grieta de mi inconsciente y toma el control de mi mente.

Se trata de un marinero de la tripulación del *Zoe G*, el único barco que pude encontrar para llevarnos a mí y a mi Triumph desde África a Sudamérica. Era un errante barco de vapor, cuyo destino era terminar sus días embarrancado en alguna playa lejana de la India para ser desguazado. Sin embargo, a pesar de todo, consiguió llevarnos sanos y salvos, a través de una horrible tormenta, hasta Brasil. Para mí era un barco de ensueño. Llevaba la cabeza repleta de todos los recuerdos de mi paso por África y, durante la travesía, me

sumergí profundamente en mis pensamientos; iba escarbando en ellos para encontrar nuevas revelaciones acerca de mí mismo y de mis experiencias. Quizá no fui capaz de verlo más que como un fenómeno pasajero. Desde la distancia, hoy lo veo como un presentimiento. Si hubiese puesto mayor atención, quizá habría previsto las cosas que me estaban esperando.

Frecuentemente nos encontrábamos los dos solos en una estrecha cubierta metálica donde habían colocado mi moto; se la veía triste e insignificante atada a una barandilla y cubierta por unas lonas. La tarea principal del marinero era repintar la embarcación para cubrir el óxido en un valiente esfuerzo por mantener presentable a la vieja dama. Su cara era un discordante revoltijo de facciones, una mezcla de muchas razas. Lo recuerdo más por las conversaciones que mantenía conmigo mismo que por lo que pueda recordar de él. En el *apartheid* de Sudáfrica se habría podido clasificar de *coloured*¹. Era una mezcla de chino, creo, junto con hindú y, probablemente, malayo, pero sobre él predominaba el negro africano. Era joven, apenas tendría veinte años, enjuto, musculoso, con un toque de simpatía, tanto por sus coloridas camisetas como por su conversación. Teníamos todo el tiempo del mundo para hablar.

¹ Se empleaba para definir en Sudáfrica, durante el tiempo de *apartheid*, a los que no se consideraban negros, blancos ni asiáticos (mientras no se especifique otra procedencia, las notas son de los traductores).

Me acuerdo de él, justo en este momento, por un motivo: su particular punto de vista sobre las cosas. En mi camino de Londres a Ciudad del Cabo, yo había estado recogiendo opiniones sobre diversos temas. ¿Qué pensaba sobre su reciente independencia el pueblo negro de Kenia? ¿Y los árabes turcos? ¿Y los aborígenes de Sudáfrica? ¿Y los egipcios? ¿Y los blancos habitantes de Rodesia? ¿Y los cristianos de Sudán? ¿Y las tribus de *turkana*? ¿Y los jóvenes musulmanes en paro de Libia?

Pero este hombre –cuyo nombre debería recordar, pero no recuerdo– veía las cosas de una manera bastante fuera de lo normal. Su vivaz inteligencia brillaba a través de sus variadas y mal combinadas facciones. Su cultura había sido alimentada en los innumerables puertos que visitaba por todo el mundo. Él era la personificación del Tercer Mundo, quizá más, creo que lo trascendía. Era un gran optimista y un gran bromista, lleno de buen humor y perspicacia. Se mantenía al borde de una situación de pobreza absoluta y, cuando preguntaba, lo hacía de forma astuta. No guardaba ningún tipo de resentimiento, en sus ojos no existía el miedo, y su corazón estaba limpio de toda agresividad; sólo emanaba una preclara conciencia en sus posibilidades. Tenía un conocimiento intuitivo de la influencia que el trabajo ejerce sobre el mundo. Quizá por ello parecía desdeñarlo.

No recuerdo sus palabras exactas, pero sé que me causaron una gran impresión. Nunca había pensado encontrarme con un hombre capaz de liberarse a sí mismo de sus circunstancias. De todas formas, ahora me doy cuenta de que el verdadero significado de su discurso se me escapaba. En aquel

momento yo no podía ver de África más allá de lo que había descubierto por mí mismo; es decir, un continente profundamente desconfiado con sus vecinos a causa de un limitado punto de vista tribal, religioso o nacionalista.

Después de dos semanas de navegación, atracamos en Fortaleza para desembarcar una carga de anacardos. Estábamos en un típico y húmedo puerto tropical del que nunca había oído hablar y, aunque había pagado para ir hasta Río, decidí, por capricho, aprovechar esta llegada a tierra y desembarcar con los anacardos. La moto desapareció en el limbo aduanero y, mientras esperaba que la maraña burocrática se desliara, contacté con algunos sacerdotes irlandeses, amigos de amigos, y me alojé en una casa parroquial. Eran unos hombres maravillosos que habían abrazado la teología de la liberación y tenían la extraña idea de que ellos debían realmente prestar ayuda material a los campesinos necesitados de la región. A las autoridades no terminaban de caerles bien.

Corría el mes de mayo de 1974 y Brasil estaba regido por una implacable dictadura militar. Perplejos por mi inesperada aparición y apariencia, la policía decidió relativamente pronto ponerme bajo llave, pensando que podía fomentar algún tipo de revolución. Durante una temporada temí por mi vida lo cual, como el Dr. Johnson dijo, «te centra la mente maravillosamente», y me proporcionó cosas urgentes en las que pensar. Así que el recuerdo del marinero de cubierta desapareció de forma inmediata en algún recóndito lugar de mi cerebro.

Cuando, finalmente, fui puesto en libertad, ocupé toda mi energía en recobrar-me de aquella aterradora y humillante

experiencia y me dirigí con mi Triumph hacia el sur, camino de Río. A medida que retomaba el viaje fui recuperando mis fuerzas hasta que, un mes más tarde, hice mi entrada triunfal en la ciudad.

Unos amigos de Londres me habían presentado a Baby, y fue él quien primero pronunció la palabra «fantástico» y me abrió las puertas de la ciudad. Baby Bocayuva, el millonario brasileño cuyo inapropiado nombre me hizo conectar con mi austera juventud. Por aquel entonces miraba fijamente los recortes de las noticias de *playboys* latinoamericanos (de rasgos más que maduros) y veía hombres como Porfirio Rubirosa, agitando su palo mientras jugaba al polo escoltado por sus herederas en las carreras de Ascot. Bocayuva no era un jugador de polo, pero el irreverente Baby daba la imagen de un rollizo y maduro hombre de negocios que mostraba claramente el leve toque de Río... y su esposa Dalai era igual que las herederas de Porfirio.

Llegué embadurnado de grasa a su apartamento de Ipanema y me quedé de pie sobre la lujosa alfombra, con las botas puestas. Baby me entregó a Dalai para que hiciera los preparativos de mi «principesca» aparición en la ciudad y, como quien no quiere la cosa, me vi entre las manos de cuatro mujeres. Creí que una podría ser árabe, otra portuguesa, otra alemana y, la última, una esclava.

Dalai era de la clase alta del Líbano y bailarina de ballet. Con la ayuda del dinero de Baby había dedicado su esfuerzo a elevar el nivel de la danza en Río desde unos ligeros movimientos con tutú, hasta representaciones internacionales. Como ayudante había escogido a Marcia Kubitschek, hija

del anterior presidente de Brasil, quien era, aun en estos días de horrenda dictadura, el hombre más admirado del país.

Juntas formaron una compañía de danza, el Ballet Dalai Ashcar, con la ayuda de otras dos mujeres: Esmeralda, una rubia muy reservada encargada de llevar la administración, y otra bailarina, María Luisa, nacida en el seno de una vieja familia portuguesa y que se ocupaba del programa de estudios.

Todas ellas eran muy atractivas. Mi más vivo recuerdo de Dalai, que había dejado de actuar pero aún ensayaba tenazmente, es el de después de sus sesiones en la barra, cuando la veía envuelta en una toalla con el sudor corriendo por su nariz aguileña y sus inteligentes y aristocráticas facciones. Marcia tenía la refinada belleza de una celebridad de la *jet set*. Esmeralda me parecía extremadamente hermosa y fría tras su mostrador, pero con unos celos tan ardientes que estaría dispuesta a incinerar a cualquier mujer que se acercase a su marido, Tito. Y, finalmente, María Luisa, Lulú para los amigos, con su voluptuoso pelo negro, su cuerpo de perfecta bailarina, y unos movimientos tan sutiles que eran capaces de reflejar todas y cada una de sus emociones, desde la más profunda de las miserias hasta el más incontrolable de los deleites.

Al ser Lulú la única soltera de todas se decidió que fuese ella la encargada de mis cuidados; responsabilidad que se tomó muy en serio. Me instaló en un amplio estudio. Comimos y cenamos juntos en incontables ocasiones. Íbamos a fiestas, asistíamos a conciertos y representaciones, siempre

con entradas gratuitas y mezclados con la más alta y más poderosa sociedad brasileña.

Estábamos en 1974 y sentía como si Río de Janeiro me perteneciese. Me pertenecían todas las playas desde Gloria a Gavea, los picos de las montañas y todo lo que desde ellos se divisaba, incluidas las suntuosas residencias del gran bulevar y las empinadas cuestas de los barrios pobres, con sus enlodados barrancos, las *churrascarias* y los bares de zumos; el opulento barrio francés, las villas, los clubes y, por encima de todo, la Casa de la Ópera. Conquisté Río gracias a mis hazañas sobre la moto y al lustre añadido de mi encarcelación por la temida Policía Federal.

No tengo la menor duda de que habría tenido acceso a cualquier persona y lugar que yo hubiera deseado. La gente me trataba con admiración y, a mi parecer, con nostalgia. No me cabe la menor duda de que el efecto afrodisíaco de mis recientes aventuras, mi apariencia de motero y, sobre todo, mi calvario en manos de la dictadura, garantizaban cierto sello de autenticidad. A pesar de esto me cuidaba de no dejarme llevar por las adulaciones. Se me pasó por la cabeza si no podría convertir este lugar en algo permanente y buscar mi sitio en la sociedad brasileña, aunque he de decir que nunca fue un pensamiento del todo serio. Yo sabía que tarde o temprano tendría que marcharme y, finalmente, así fue.

Mientras tanto, los recuerdos del marinero de cubierta se diluían en el olvido y no salieron de nuevo a la superficie hasta que empecé a escribir este libro, treinta años después. Ahora entiendo mucho mejor lo que él me había dicho. Fue, en el estricto sentido de la palabra, un profeta. Representaba

un futuro en el que incontables millones de personas también se negarían a ser clasificados y reclamarían el mundo como propio.

Si hubiera prestado mayor atención, quizá yo también habría visto que había un lado oscuro en el futuro que él simbolizaba. Porque si aquellos incontables millones de seres comenzaban a ver las posibilidades que él veía, se sentirían frustrados; y entonces si que se armaría una buena. Al final, efectivamente, todos se han visto frustrados y seguro que se liará, después de todo. Han tenido que pasar muchos años para que este mensaje suyo me llegara.

EL MARINERO DEL *ZOE G* no fue el único adivino que me encontré en mi primer viaje. En África también se encontraba el hombre que predijo con total precisión el nacimiento de Zimbabue, una feliz independencia ahora sumida en la ruina. En Latinoamérica, un suizo detestable me pronosticó el espantoso futuro que me acarrearía mi forma de ser si no andaba con cuidado. Pero el más importante, con gran diferencia, fue el clarividente de la India, quien me dio el título de este libro.

Cuando me dijo: «Tú eres Júpiter», yo malinterpreté lo que decía, por supuesto. Quería decir que yo estaba bajo la influencia del planeta Júpiter, aunque nunca tuve claro lo que *eso* quería significar.

«Todo se lo debes a tu madre», añadió (lo cual era bastante cierto desde que mi padre había desaparecido de mi vida cuando tenía cinco años); predijo dos accidentes muy particulares, los cuales se hicieron realidad algo más tarde.

Pero hubo otra cosa que me dejó un tanto incómodo. Me dijo: «No eres capaz de conservar el amor de las mujeres durante mucho tiempo».

Después de aquello pasé muchas de mis solitarias horas sobre la moto preguntándome qué habría querido decirme. Naturalmente, me molestaba la idea de que las mujeres no me prestaran mucha atención, que poco a poco pudiesen perder el interés por mí. Para comprobar la veracidad de esta desagradable observación, rebusqué mentalmente todos los encuentros románticos que podía recordar. Algunos me daban escalofríos. Aquel ejercicio de memoria me descubrió que en mi juventud, probablemente, no había sido una persona agradable con la que relacionarse pero, si había algún problema con mis romances, a mí me parecía que, habitualmente, se debía a la parte contraria. En mi juventud me alimentaba de romanticismos sin sentido, como hacíamos todos, hasta que perdía el interés cuando el objeto de mi admiración se convertía en una mujer de carne y hueso.

Pero eso fue cuando era más joven. Durante mi viaje en moto desde la India a casa, hubo dos mujeres extraordinarias en mi vida, y no tengo la menor duda de que las dos me mostraron su afecto más verdadero. Amaba a Carol, a quien había dejado tras de mí en la frontera de Bangladesh y con quien confiaba poder casarme. Al mismo tiempo, era reacio a perder el respeto de Jo, a la que también amaba aunque de diferente manera, y que esperaba que regresara con ella a Francia.

Al final perdí a las dos, aunque no fue por falta de cariño. Por una parte fue el destino, y por otra mi propia cobardía y

mi confuso comportamiento los que echaron por tierra estas relaciones. Como resultado de ello, y después de una época turbulenta, acabé en una finca de dieciséis hectáreas en California en lugar de en una casa de piedra en Francia. Me casé con otra mujer, también extraordinaria, tuve un bebé, y durante los quince años siguientes me dediqué a multitud de actividades diferentes que no tenían mucho que ver con el mundo de las motos.

Aunque fue precisamente el éxito de *Los Viajes de Júpiter* lo que me permitió «comprar el rancho». *Los Viajes de Júpiter* era el libro con el que se me identificaba más a menudo, y a mediados de los noventa se convirtió en un elemento muy positivo en mi vida. Cuando fue editado en Estados Unidos, descubrí casi por casualidad que cada vez más gente comenzaba a viajar en moto y que el libro se había convertido en un clásico de culto. Como experimento, fui a una reunión de moteros de BMW en Carolina del Norte con unas cuantas cajas de mi libro que había traído de Inglaterra, e hice una pequeña presentación. Mi asombro fue ver a la gente subir corriendo a darme la mano. Me citaban pasajes de mi propio libro. Todo el mundo quería invitarme a una cerveza y cebarme con barbacoas y pizzas. Me pareció que no lo debía estar haciendo del todo mal, y debo admitir que me encantaba.

Comencé a pensar que el libro era algo más que un mero entretenimiento. Conquistaba a la gente. Me enteré que muchos habían hecho viajes similares después de haber leído el libro. Llevaba conmigo cientos de fotos que ahora mostraba por primera vez, y que deseaba que los lectores pudieran ver.

A comienzos del año siguiente iba con Jacques en un avión. ¿Qué quién era Jacques? Ahora lo explico. Cuando era joven y el tren era la mejor forma de moverse, oí hablar del *Gold Pass*. Si eras una persona muy importante para la compañía ferroviaria, se decía que te proporcionaba uno de esos pases y, de esa manera, podías viajar adonde quisieras y cuando quisieras, y todo gratis. Yo acostumbraba a fantasear acerca de rescatar algún viejo barbudo de debajo de las ruedas de una locomotora y descubrir que era el presidente de consejo de administración de la Great Western Railways Company. «¿Qué puedo hacer por ti, chaval?», me preguntaría con voz trémula. Yo le pediría mi *Gold Pass*.

Tardé unos cuarenta años, más o menos, pero al final conseguí mi *Gold Pass*, o algo parecido. Jacques tiene un *Air Pass* que vale un millón de veces su peso en oro. Compró uno de ellos hace muchos años, ya que es un hombre con una enorme fortuna. Con ese pase puede viajar en primera clase allí donde desee y, particularmente en esta línea, gratis y acompañado por *un amigo*. ¿A quién no le gustaría ser amigo de Jacques? Y que suerte la mía, que soy amigo suyo incluso antes de saber que existía el milagroso pase.

Parecer ser que Jacques leyó *Los Viajes de Júpiter* hace mucho tiempo, en un momento en que la vida se le presentaba muy difícil, y creía que el libro le dio fuerza y confianza para cambiar las cosas que le rodeaban. Mucho más tarde, cuando estaba de visita en Dallas, él me buscó y comenzó una buena amistad. Después de unos cuantos años mencionó con cierta timidez que poseía poderes sobrenaturales para volar, en caso de que le quisiera acompañar a algún sitio. Yo

le persuadí para que me llevase a una reunión de viajeros de grandes distancias en moto que se celebraba cada año al final del invierno en un campo, embarrado para la ocasión y a veces también helado, al este de la frontera de Bélgica.

El promotor de este evento era un motero alemán fumador de pipa, Bernd Tesch, un veterano de África, grande, fuerte, barbudo y calvo como un Asterix alemán empapado en nicotina. Él se había encontrado conmigo en California en los primeros años y me había rogado que asistiera a sus reuniones. A Jacques también le gustaban las motos. Tenía una Ducati en su garaje. Pensó que sería divertido ir a jugar en el barro, así que volamos a Frankfurt y pedimos prestadas un par de motos.

Hice una pequeña presentación, la cual fue recibida con un injustificado aplauso, dado mi pésimo alemán. De nuevo, todo se debía a lo que el libro y las fotografías significaban para esas personas. Ojalá hubiera encontrado la forma de publicar el libro con todas aquellas imágenes. Pero *aquello* resultaba demasiado caro, y algunos podían considerarlo pretencioso por mi parte. De regreso a casa, le mencioné la idea a Jacques, pero él tenía otra:

–Estoy pensado que deberías repetir de nuevo todo lo que hiciste, pero esta vez con un fotógrafo profesional.

Yo le miré a través de una rama de apio con salsa, las copas de champán a medio terminar, las nueces calientes y el menú de la cena sin abrir. Parecía bastante serio, aunque su gravedad se revistiera siempre con una pizca de humor para quitarse importancia.

–Espero que estés hablando de dos motos.